

POETAS VIRTUALES Y LA GENERACIÓN SIN NOMBRE

Ana María Suárez Santos¹
Estudiante de la Universidad Central
Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes
Pregrado en Creación Literaria
Historia de la creación en las artes
asuarezs5@ucentral.edu.co

Fecha de recepción: 15/11/2019

Fecha de aceptación: 15/02/2020

Resumen

Este artículo en el contexto literario, presenta, Cincuenta años después, dando vistazos hacia atrás, el universo literario de este país reconoce a todos estos grandes letristas como aquellos últimos anónimos que marcaron punto y aparte en la historia de la literatura colombiana. Que hoy siguen sonando aunque este sea un mundo donde *Sobran las palabras* de María Mercedes Carranza o de quien sea.

Palabras claves

Generación sin nombre, grandes letristas, historia de la literatura colombiana, poesía y creación literaria

¹ Dirigido por la doctora Gloria Cristina Arce Narváez. Profesora asociada, adscrita al Departamento de Creación Literaria 2019-2S.

*“Atrapar este sueño.
Capturar la palabra.
Perpetuar el asombro”.*
*Atrapar este sueño.
Capturar la palabra.
Perpetuar el asombro.*

José Luis Díaz-Granados

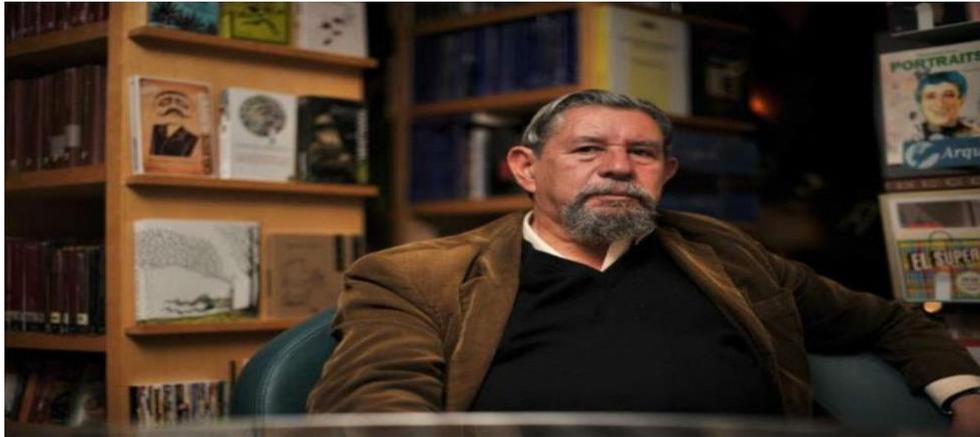
Figura No. 1. La generación sin nombre.



De izquierda a derecha: Darío Jaramillo Agudelo, David Bonells Rovira, José Luis Díaz-Granados, Juan Gustavo Cobo Borda, Henry Luque Muñoz, Álvaro Miranda y Augusto Pinilla...

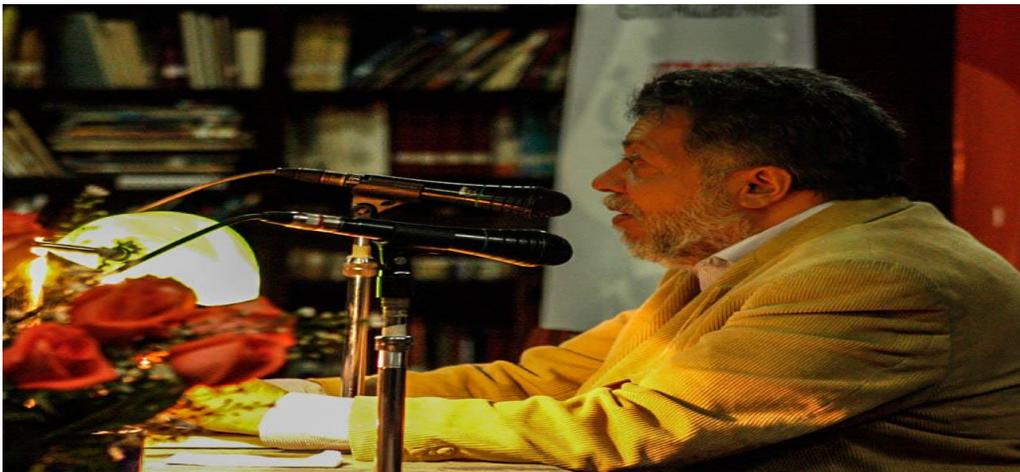
Fuente: La generación sin nombre/Cortesía de los archivos del Festival de Poesía de Medellín.

Figura No. 2. José Luis Díaz-Granados. Poeta y novelista



Fuente: El Espectador, lunes 24 de febrero de 2020.

Figura No. 3. Álvaro Miranda. Poeta, docente novelista, historiador y ensayista.



Fuente: Web oficial del maestro Álvaro Miranda.

Eliminar esta página, por favor

Eliminar esta página, por favor

En 1968, nace en Colombia La generación sin nombre, un colectivo conformado por quienes terminarían siendo trece poetas exquisitos que deleitarían a la humanidad lectora con su arte, con su sueño y con sus palabras.

David Bonells Rovira, Darío Jaramillo Agudelo, Juan Gustavo Cobo, José Luis Díaz-Granados, Henry Luque Muñoz, Álvaro Miranda, Augusto Pinilla, María Mercedes Carranza, Martha Canfield, Giovanni Quessep, Jaime García Maffla, Elkin Restrepo y Miguel Méndez Camacho, en medio de la conservadora y fría Bogotá de entonces, unieron fuerzas para atar palabras y construir cadenas de literatura, de cultura y de generación, de una forma natural, casi inconsciente.

Fue la misma ciudad, a través de Juan Gustavo Cobo, la que se encargó de juntarlos y bautizarlos tras haberlos convocado una y otra vez en alguna cafetería, en alguna casa, en alguna librería o en algún edificio cimentado en equis punto entre la Jiménez y la Séptima. Envueltos en caféina o en alcohol, se fueron juntando a ojos cerrados y

libros abiertos, hasta que en abril del 98, en el jardín de Cobo, se tomó la fotografía oficial para presentar la Generación sin nombre al mundo, nombrada en realidad por el periodista Álvaro Burgos Palacios, según narra José Luis Díaz-Granados en el reciente cuaderno cultural *Poetas del 68* que su hijo Federico Díaz-Granados compiló para la Universidad Externado de Colombia.

Cincuenta años después, dando vistazos hacia atrás, el universo literario de este país reconoce a todos estos grandes letristas como aquellos últimos anónimos que marcaron punto y aparte en la historia de la literatura colombiana. Que hoy siguen sonando aunque este sea un mundo donde *Sobran las palabras* de María Mercedes Carranza o de quien sea.

La sociedad actual colombiana, ya no usa sobretodo ni sombrero y dejó de cargar la sombrilla en la mano para apachurrarla en el bolso; ya no se suscribe al periódico sino que lee las noticias enmarcadas en ‘tweets’, pero sí escribe y escribe mucho, a cada segundo en ‘Whatsapp’.

Ya sé que suena a crítica sobre argumentada y a queja de los que se quedaron en el siglo XX. No quiero que esto sea un reclamo a regañadientes sino simplemente una muestra de transición. Hoy en día todos somos poetas, y aunque ya no nos reunimos en cafés a tertuliar, por lo menos tenemos grupos de chat o, en general, redes sociales en las que compartimos, acompañada la mayoría de veces por una fotografía, alguna frase bonita que se nos ocurrió, algún esbozo de una gran obra artística o, sencillamente, un fragmento de algo que leímos por ahí, que nos gustó y que esperamos que lea *ese alguien*.

Se han muerto las dedicatorias y ahora se llaman indirectas, pero mal o bien seguimos escribiendo para ser leídos. Estos poetas innostrados, escribían para que los leyeran, luego de hacer catarsis, anhelaban ser publicados y hoy, que la publicación está al alcance de un simple choque de dedo con pantalla, tal vez este sueño del creador se ha perdido.

Sin embargo, no quiero ser del todo pesimista; yo también escribo y también acompaño ‘selfies’ con mis pensamientos estéticos; yo tampoco tengo nombre porque en mi cédula no aparece mi ‘user’, también

soy anónima, oculta a la plena vista de todo el mundo.

Estos sesenteros se ocultaron a la vista de toda la república y recordemos que su historia también comenzó con una foto. Maestros del siglo anterior y alumnos empíricos del siguiente, a fin de cuentas, no podemos ser tan ajenos.

José Luis Díaz-Granados, poeta y novelista samario, autor de obras como *El laberinto* (1968) y *Las puertas del infierno* (2008), es un hombre como cualquier otro. Fue un cinco de octubre cuando tuve la oportunidad de compartir un café y una charla con él. Díaz-Granados, quien todavía lleva la sombrilla cargada al brazo, se convirtió en mi primer acercamiento a lo que fue y es la Generación sin nombre. José Luis, al enterarse de mis, también literarios, sueños y propósitos, fue una voz de apoyo que me dijo “escriba” y le hice caso.

A través de sus ojos, pero más de sus palabras, el poeta me transportó a la Bogotá del 68, a las farras que podrían terminar en jalones de las mechas poéticas, como nos

cuenta Álvaro Miranda² en su homenaje a la Generación, que escribió para la edición número 78 de la revista *Hojas Universitarias* de la Universidad Central. Miranda, se refiere en su texto a los poetas del Siglo de Oro español, pero afirma que “Las generaciones, ¡oh cielos!, se aman o se odian”. Doy fe de que en el caso colombiano, este grupo de poetas se ama, pues se formaron y vieron llegar sus éxitos juntos, se peinaron las mechas unos a otros, no solo para la memorable fotografía a blanco y negro del jardín sino para cualquiera posterior a color.

Santiago Espinosa en el prólogo de su libro *Escribir en la niebla* afirma que “Los poetas tienen al menos dos vidas, la que comienza cuando publican y la otra, más anecdótica y secreta”. Estoy de acuerdo, cada vez que alguno de estos autores habla sobre el recuerdo de la juventud tertuliana, la narración anecdótica prevalece y a través de ella se trasluce el profundo cariño y admiración que mantiene unidos los lazos de esa amistad prematura de los poetas. Elkin Restrepo, en su poema *Lugar Común*, tal vez sin saberlo, lo describe a la perfección: “Y hablan y hablan (de todo y de nada en

apariencia), sin saber que es del amor que hablan”.

Con todo esto me pregunto, ¿será que a nosotros, poetas virtuales y modernos, lo que nos falta es amor?, ¿será que no han surgido nuevas generaciones a falta del encuentro recitado?

Puede ser que ahora el comentario crítico literario del amigo se haya convertido en un simple ‘like’, o puede ser que ahora el amigo no se toma ni siquiera el tiempo para leer las tres líneas del pie de foto; pero sea como sea, hay algo en lo que estamos fallando, si abundan los poetas, me atrevería a decir que incluso más que antes, entonces ¿por qué no ha surgido una nueva generación?, ¿por qué nadie más se ha reunido con otros para tomar una foto sobre el césped y subirla a internet, identificándose como un grupo literario?

¿En qué momento el poeta dejó de aspirar convertirse en un símbolo de movimiento? ¿Por qué ahora solo se conforma con una publicación de veinticuatro horas? Se nos olvidó soñar en grande, como lo hacía este colectivo de poetas, e hicimos realidad el apocalipsis que narra Cobo Borda en *Poética*: “¿Cómo escribir ahora poesía, por

² Docente del pregrado y posgrado del Departamento de Creación Literaria-Universidad Central.

qué no callarnos definitivamente y dedicarnos a cosas mucho más útiles? [...].

Nadie la necesita. Residuo de viejas glorias, ¿a quién acompaña, qué heridas cura?”

No podemos ser solo el residuo de las viejas glorias, no podemos dejar morir ni a la poesía ni a la literatura en general. Seamos una generación, pongámosle nombre porque sin nombre hay solo una, reunámonos a leer, a palpar letras y a juntarlas en desorden para causar caos. Hagamos de este país un caos; Bogotá ya parió un sismo, lo puede volver a hacer y no solo la ciudad gris de la que habla Mercedes Carranza en su poema *Bogotá, 1982*, sino también las demás ciudades del país que están cargadas de talento y de sueños vívidos en cuyo plano todo es posible.

Si los poetas del 68 triunfaron siendo anónimos, pensemos qué podríamos lograr nosotros si nos bautizamos en el nombre del arte, del libro y de la pluma santa. Santifiquemos la creación literaria, saquémosla del pozo, si la capital del país, tan destruida y agobiada pudo hacerlo, imaginemos lo que puede hacer ahora que está mucho más calcinada, ahora que casi ni llueve.

Seamos la tormenta que riegue el jardín y cuando florezca posemos para la foto.

La poesía no viene del mundo de las ideas felices, la poesía viene de la realidad cruel, de los rostros tristes y de los tintos fríos. Se reproduce en medio del discurso oral, a través de la dialéctica, como en un banquete platónico, así funciona y si nunca volvemos a cenar juntos, se secarán los campos y ya no tendremos qué comer, entonces el alma morirá de hambre y profundo pesar.

Espinosa, nuevamente en *Escribir en la niebla* afirma que “La palabra cambio se imploraba desde todos los ámbitos. Era la sal y el puño de aquellos días aldeanos. Tal era el espíritu de *Los Nuevos*. Una generación de intelectuales que nacieron en el cambio de siglo y que supieron adueñarse de los cafés bogotanos con sus sombreros de ala ancha”. Seamos los nuevos *Nuevos*, somos capaces.

Me despido compartiendo la *Petición* de Elkin Restrepo: “Una verdad me sea dada en lo que escribo. Que si las palabras fracasan, sobre su desecho, quede prueba al menos de la tentativa...”

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Charry, L. F. (1985). *Poesía y poetas colombianos*. Bogotá: Procultura S.A. Impreso.

Díaz-Granados, F. (2018). *Poetas del 68, La Generación Sin Nombre, (1968-2018)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Impreso.

Díaz-Granados, J. L. (2017). *Vendimia del dador, Antología Poética, 1962-2012*. Bogotá: Uniediciones. Impreso.

Espinosa, S. (2015). *Escribir en la niebla, 14 poetas colombianos*. España: Valparaíso Editores. Impreso.

Miranda, H. Á. (2018). *La generación sin nombre: cuando río suena, versos trae*. Hojas Universitarias. Bogotá: Departamento de Creación Literaria, Universidad Central. No. 78. Pp. 55-71. ISSN: 0120-1301. Impreso.

Eliminar esta página, por favor